

CAPÍTULO IV de *El libro de la vida*

Simone Weil

FONT: Santa Teresa de Jesús (Ed. 2015) *Libro de la vida* Barcelona: Penguin Clásicos.

Un tast dels escrits de Teresa de Àvila, el capítol IV de *El libro de la vida*, en el que fa referència al “mal de coraçon” que patia.

Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse a
sí mesma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que
Su Majestad la comenzó a dar.

1. En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido a un hermano mío¹ a que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo, y concertamos entramos de irnos un día muy de mañana al monesterio adonde estaba aquella mi amiga, que era al que yo tenía mucha afición,² puesto que ya en esta postrera determinación ya yo estaba de suerte que cualquiera que pensara servir más a Dios³ o mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya al remedio de mi alma, que del descanso ningún caso hacía de él.

Acuérdaseme a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera,⁴ porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que, como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante. Aquí me dio ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra.

2. En tomando el hábito,⁵ luego me dio el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí,⁶ sino grandísima voluntad. A la hora⁷ me dio un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy: y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura: dábanme deleite todas las cosas de la relición; y es verdad que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala; y acordándoseme que

estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba y no podía entender por dónde venía.

Cuando de esto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas que, si me ayudo al principio a determinarme a hacerlo (que, siendo sólo por Dios, hasta encomenzarlo quiere —para que más merezcamos— que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio y más sabroso se hace después), an en esta vida lo paga Su Majestad por unas vías, que sólo quien goza de ello lo entiende. Esto tengo por experiencia, como he dicho, en muchas cosas harto graves; y ansí jamás aconsejaría —si fuera persona que hubiera de dar parecer— que cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por sólo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo. Sea bendito por siempre, amén.

3. Bastara ¡oh sumo bien y descanso mío! las mercedes que me habíades hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad y grandeza a estado tan siguro y a casa adonde había muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar, para ir creciendo en su servicio. No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesión⁸ y la gran determinación y contento con que la hice y el desposorio que hice con Vos. Esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habían de ser de sangre y quebrárseme el corazón, y no era mucho sentimiento para lo que después os ofendí.

Paréceme ahora que tenía razón de no querer tan gran dinidad, pues tan mal había de usar de ella; mas Vos, Señor mío, quisistes ser, casi veinte años que usé mal de esta merced, ser el agraviado porque yo fuese mijorada. No parece, Dios mío, sino que prometí no guardar cosa de lo que os había prometido, anque entonces no era esa mi intención; mas veo tales mis obras después, que no sé qué intención tenía, para que más se vea quién Vos sois, Esposo mío, y quién soy yo; que es verdad cierto que muchas veces me tiempla⁹ el sentimiento de mis grandes culpas el contento que me da que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias.

4. ¿En quién, Señor, puede ansí resplandecer como en mí, que tanto he escurecido^o con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzaste a hacer? ¡Ay de mí, Criador mío que, si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzastes a mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediaba todo. Pues no lo merecí ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia. dote: «después que haya pasado e cumplido año e día que haya estado con

5. La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la salud, que, aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme a crecer los desmayos y dióme un mal de corazón tan grandísimo, que ponía espanto a quien le vía, y otros muchos males juntos; y ansí pasé el primer año con harto mala salud, aunque no me parece ofendía Dios¹⁰ en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme a un lugar adonde había mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y ansí dijeron harían la mía.¹¹ Fue conmigo esta amiga¹² que he dicho que tenía en casa, que era antigua. En la casa que era monja no se prometía clausura.¹³

6. Estuve casi un año por allá, y los tres meses de él padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir,¹⁴ y en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto,¹⁵ como dire. Había de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fui en el principio del invierno: todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho¹⁶ que estaba en el aldea, esperando el mes de abril, porque estaba cerca y no andar yendo y viniendo.

7. Cuando iba, me dio aquel tío mío que tengo dicho¹⁷ que estaba en el camino, un libro: llámase Tercer abecedario espiritual,¹⁸ que trata de enseñar oración de recogimiento; y puesto que este primer año había leído buenos libros (que no quise más usar de otros porque ya entendía el daño que me habían hecho), no sabía cómo proceder en oración, ni cómo recogerme, y ansí holguéme mucho con él, y determinéme a seguir^o aquel camino¹⁹ con todas mis fuerzas. Y, como ya el Señor me había dado don de lágrimas,²⁰ y gustaba de leer, comencé a tener ratos de soledad, y

a confesarme a menudo, y comenzar aquel camino tiniendo a aquel libro por maestro; porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese, aunque le busqué, en veinte años después de esto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás y an para del todo perderme, porque todavía me ayudara a salir de las ocasiones que tuve para ofender a Dios.

Comenzóme Su Majestad a hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin de este tiempo que estuve aquí (que era casi nueve meses en esta soledad, aunque no tan libre de ofender a Dios como el libro me decía, mas por esto pasaba yo; parecíame casi imposible tanta guarda; tenía de no hacer pecado mortal, y pluguiera Dios²¹ la tuviera siempre; de los veniales hacía poco caso, y esto fue lo que me destruyó), comenzó el Señor a regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba a unión, aunque yo no entendía qué era lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien entenderlo. Verdad es que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era Ave María;²² mas quedaba con unos efetos^o tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía el mundo debajo de los pies; y ansí me acuerdo que había lástima a los que le siguían, aunque fuese en cosas lícitas.

Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo, nuestro bien y Señor, dentro de mí presente, y ésta era mi manera de oración. Si pensaba en algún paso;²³ le representaba en lo interior; aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreación; porque no me dio Dios talento de discurrir con el entendimiento ni de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan torpe, que an para pensar y representar en mí, como lo procuraba traer, la humanidad del Señor, nunca acababa. Y aunque por esta vía de no poder obrar con el entendimiento llegan más presto a la contemplación, si perseveran, es muy trabajoso y penoso; porque si falta la ocupación de la voluntad, y el haber en qué se ocupe en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo ni ejercicio, y da gran pena la soledad y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos.

8. A personas que tienen esta disposición les conviene más pureza de conciencia que a las que con el entendimiento pueden obrar; porque quien discurriendo²⁴ en lo que

es el mundo y en lo que debe a Dios y en lo mucho que sufrió y lo poco que le sirve y lo que da a quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos y de las ocasiones y peligros; pero quien no se puede aprovechar de esto, tiénele mayor y conviéndole ocuparse mucho en lición,^o pues de su parte no puede sacar ninguna. Es tan penosísima esta manera de proceder que, si el maestro que enseña aprieta en que sin lición (que ayuda mucho para recoger a quien de esta manera procede y le es necesario, aunque sea poco lo que lea, sino en lugar de la oración mental que no puede tener); digo que si sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oración, que será imposible durar mucho en ella y le hará daño a la salud si porfía, porque es muy penosa cosa.

9. Ahora me parece que proveyó el Señor que yo no hallase quen me enseñase, porque fuera imposible, me parece, perseverar diez y ocho años que pasé este trabajo y en estas grandes sequedades, por no poder, como digo, discurrir. En todos estos,²⁵ si no era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro; que tanto temía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera a pelear. Con este remedio, que era como una compañía y escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada; porque la sequedad²⁶ no era lo ordinario; mas era siempre cuando me faltaba libro, que era luego disbaratada²⁷ el alma y los pensamientos perdidos: con esto los comenzaba a recoger, y como por halago llevaba el alma; y muchas veces en abriendo el libro, no era menester más; otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía.

Parecíame a mí en este principio que digo, que teniendo yo libros y cómo tener soledad, que no habría peligro que me sacase de tanto bien; y creo con el favor de Dios fuera así, si tuviera maestro y persona que me avisara de huir de las ocasiones en los principios y me hiciera salir de ellas, si entrara, con brevedad. Y si el demonio me acometiera entonces descubiertamente, parecíame en ninguna manera tornara gravemente a pecar. Mas fue tan sutil y yo tan ruin, que todas mis determinaciones me aprovecharon poco, aunque muy mucho los días que serví a Dios, para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve, con tan gran paciencia como Su Majestad me dio.

10. Muchas veces he pensado espantada de la gran bondad de Dios y regaládose mi alma de ver su gran manificencia^o y misericordia. Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, an en esta vida, ningún deseo bueno. Por ruines y imperfetas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mijorando y perficionando y dando valor, y los males y pecados luego los ascondía. An en los ojos de quien los ha visto permite Su Majestad se cieguen y los quita de su memoria. Dora las culpas; hace que resplandezca una virtud que el mesmo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga.

11. Quiero tornar a lo que me han mandado. Digo que, si hubiera de decir por menudo de la manera que el Señor se había²⁸ conmigo en estos principios, que fuera menester otro entendimiento que el mío para saber encarecer lo que en este caso le debo y mi gran ingratitud y maldad, pues todo esto olvidé. Sea por siempre bendito, que tanto me ha sufrido, amén.